

Introducción

ESTE LIBRO TIENE UNA larga historia. Los primeros materiales de base empecé a escribirlos hace unos cuarenta años cuando el entonces profesor Enrique Fuentes Quintana me pidió que investigara el a la sazón desconocido tema de la aportación nazi a la financiación de la guerra civil. Siguió otra petición para que aclarase la movilización del oro del Banco de España en la estrategia financiera exterior de la República. Fuentes Quintana, director del Instituto de Estudios Fiscales, veía bien. Sin la ayuda a Franco por parte de Hitler y sin el apoyo soviético a la República, la guerra hubiera probablemente tenido un curso muy diferente.

Después esta obra se ha nutrido de investigaciones ulteriores que me llevaron a cerca de cuarenta archivos, públicos y privados, en más de media docena de países incluida Rusia. Sus resultados fui desgranándolos en otras tantas obras penosamente documentadas y con frecuencia en oposición a una amplia literatura, española y extranjera.

En el curso de estos trabajos previos me centré en cuestiones que, en realidad, sólo podían abordarse y aclararse contando con la evidencia primaria de época, que por fortuna ha venido abriéndose a lo largo de los últimos años.

Hoy, para conocimiento de un público amplio y no especialista en la guerra civil, he querido sintetizar y divulgar los resultados a los que he llegado en los cuatro decenios de dedicación, interrumpida, eso sí, por otras ocupaciones profesionales, al estudio de lo que fue la gran cesura en la evolución y en la historia de España durante el pasado siglo: el paso de una situación de libertad a una situación de coacción.

Para el honor de una parte significativa del pueblo español, este paso fue resistido con las armas. Una República democrática sucumbió al peso combinado de la sublevación interna y del acoso externo. Ni siquiera el episodio de los «cien mil hijos de San Luis» que dio al traste con el trienio progresista en los años veinte del siglo XIX puede comparársele.

Desde que se produjo aquella cesura en la historia de España han transcurrido algo más de 75 años, casi nada en la vida de un pueblo. Un período muy largo en la vida de un ser humano. Y, sin embargo, es gracias al transcurso del tiempo, la apertura de archivos y el paso de una situación de coacción a otra de libertad cómo es posible desmontar los mitos, las medias verdades y las falsedades que han desfigurado la historia de aquel conflicto.

Las obras generales sobre la guerra civil han proliferado en los últimos años en tal número que el lector se preguntará si ésta servirá para algo. Hay razones que, a mi entender, justifican su publicación.

En el presente libro se dan citan más de media docena de circunstancias novedosas, tanto por la documentación utilizada como por el enfoque y estilo seguidos.

En lo que se refiere a la documentación:

1. El libro se basa en una larga y compleja investigación, reflejada en diez obras previas y fundamentada sobre evidencia primaria relevante de época. La literatura secundaria sirvió de soporte sólo para esclarecer algunos episodios respecto de los cuales no ha sido posible encontrar documentación de tal índole, porque ya están suficientemente investigados o porque en ellos persiste el error.
2. La evidencia se extrajo de un amplísimo abanico de archivos. Españoles, franceses, ingleses, alemanes, italianos y rusos. Que yo sepa, ningún historiador, español o extranjero, había intentado nada similar. No hay nada inventado.
3. Los archivos más productivos fueron los españoles y los rusos. En ambos se encontró abundante documentación no utilizada previamente. También se consultaron los archivos de Juan Negrín, de Indalecio Prieto, de Francisco Largo Caballero y del PCE, es decir, aquellos repositorios en donde se remansa la intra-historia de la República española en guerra.

En lo que se refiere al enfoque:

4. Me he concentrado en los constreñimientos externos que operaron sobre la República, recortaron su margen de maniobra y, a la postre, agostaron sus esfuerzos. También en la constante interacción con los factores internos que actuaron en la misma dirección limitativa. Era imposible que la República pudiera salir bien en una guerra civil doblada de una guerra internacional sin otra ayuda que la soviética, además sincopada.
5. Sitúa la guerra española no como el resultado de un largo proceso con orígenes más o menos remotos. Su origen inmediato se identifica como

el subproducto de la coincidencia de factores internos y externos en una coyuntura precisa, entre julio y septiembre de 1936 y que a partir de entonces, incrustada decisivamente en las coordenadas exteriores de la época, conjuntó dos rasgos esenciales: guerra civil y conflicto internacional por interposición.

En lo que se refiere al estilo:

6. El libro combina narración y reflexión. Ambas se retroalimentan. La narrativa sola es insuficiente. La reflexión sin datos es irrelevante. Esta imbricación es más necesaria en una obra caracterizada por la casi ausencia de notas a pie de página.
7. En los trabajos previos que han servido de base al libro que el lector tiene en sus manos tales notas daban referencias documentales precisas, alumbraban la discusión y crítica con otros autores y precisaban puntos que no debían incluirse en el texto mismo. Estos dos niveles de discurso han desaparecido. Las pocas notas se refieren casi exclusivamente a títulos recientes, aparecidos después de la publicación de las obras de base. Mi intención ha estribado en que el lector pueda recorrer las páginas de este libro sin embarullarse en disquisiciones propias del debate historiográfico.

La orientación no ha variado: esta obra, como sus precedentes, se opone a una tradición muy consolidada en la literatura, tanto en la pro y neofranquista y de derechas como en la generada en una gran parte de la izquierda. Está basada en la relativa *disociación* entre evolución política de 1931 a 1936 y la guerra misma. Soy consciente de que esta forma de ver el conflicto español no es habitual. Pero tras tantos años de reflexión, investigación y experiencia profesional de gestión de situaciones de crisis no he encontrado nada que me haga cambiar de opinión.

Para decirlo de forma más clara. Las tensiones políticas y sociales acumuladas a lo largo de 1931 a 1936 pulsaron a favor de una sublevación militar. Los gobiernos formados tras las elecciones del Frente Popular en febrero de 1936 no cortaron suficientemente tal dinámica como, a mi entender, pudieron y debieron hacer. ¿Resultado? Una sublevación que no triunfó, pero tampoco fracasó. Sus posibilidades de éxito se ampliaron súbitamente merced a la inserción de factores externos (ayuda de las potencias fascistas a Franco y sólo a Franco, retracción de las democracias en apoyar al gobierno legítimo).

En octubre de 1936 la sublevación se había consolidado de forma tal que su victoria apareció inminente, tanto a los republicanos más lúcidos como a los servicios de inteligencia extranjeros (británicos, soviéticos) que seguían la

evolución. La tardía intervención soviética invirtió la tendencia. Las operaciones militares, hasta entonces casi un paseo para los sublevados, se convirtieron en prolongada guerra civil.

Las consecuencias de este enfoque son devastadoras para la historiografía normal y corriente. Implican que el conflicto estuvo enraizado sólo hasta cierto punto en coordenadas estrictamente españolas. No fue la consecuencia ineludible de la evolución republicana. República y guerra civil no forman un binomio inextricable. Guerra civil y dictadura, sí.

Como quiera que se considere, la guerra que mantuvo la República contra viento y marea tuvo caracteres épicos. Entre agosto de 1936 y marzo de 1939 una parte heteróclita del pueblo español se batió con las armas en la mano contra una conjunción sin precedentes. Luchó contra un ejército en rebeldía encuadrado por profesionales y apoyado por aguerridos combatientes como la Legión y los contingentes indígenas. Luchó contra dos potencias en ascenso, el Tercer Reich y la Italia fascista. Luchó contra la hostilidad británica. Luchó contra los miedos y temores de Francia. Luchó en soledad, con la ayuda material y humana un tanto inconstante de la Unión Soviética, en aquel momento uno de los estados más demonizados del mundo, la solidaridad de una parte de la izquierda mundial materializada en las Brigadas Internacionales y el apoyo político y diplomático de México.

Hubo, además, una pugna hacia dentro, en condiciones de fragmentación territorial, insolidaridad política y tendencias revolucionarias de todo tipo. La pugna terminó enfrentándose con la desilusión y el pesimismo de una parte de los dirigentes, empezando por el propio presidente de la República.

Esta lucha épica, que contó con el apoyo objetivo de un Franco interesado en una guerra larga, ha sido desfigurada conscientemente. En primer lugar, por los vencedores. En segundo lugar, por autores que han resucitado los mitos franquistas sin la menor apelación a la evidencia primaria relevante de época. En tercer lugar, por historiadores extranjeros, particularmente anglo-norteamericanos, que la encasquetaron, y siguen encasquetando, en el estrecho corsé de la guerra fría. Las fantasías que florecieron antes y en el clima de la misma, las de Krivitsky, Orlov y tantos otros, continúan vivitas y coleando, inasequibles a la contrastación documental. Que esto ocurra en países que se enorgullecen de una vasta tradición historiográfica, y que encima sus cultivadores tengan éxito, es para llorar. Hemos escogido como ejemplo reciente el de Jonathan Miles.

Hubo muchos otros que no tardaron en ver la guerra en su justo término. He seleccionado párrafos de *Geneva, a political extravaganza*, según caracterizó George Bernard Shaw a su imperecedera obra, para abrir cada capítulo. También he puesto en el frontispicio la terrible acusación lanzada el 12 de noviembre de 1936 por Winston Churchill en la Cámara de los Comunes contra el gobierno británico de la época.

Este libro debe entenderse, pues, como antídoto a los relatos distorsionados o incompletos sobre la interacción entre las variables internas y externas que incidieron sobre la piel de toro en el dramático trienio en que una parte del pueblo español se batió contra el fascismo. El único que lo hizo en la oscura etapa de pusilanimidad y miopía de las orgullosas y condescendientes democracias occidentales.

1

La República en su soledad

We have found that we can get on without thinking. You see, thinking is very little use unless you know the facts.

*And we never do know the political facts until twenty years after. Sometimes a hundred and fifty.*¹

(en palabras del personaje que caricaturiza a Anthony Eden)

TRAS EL GOLPE MILITAR de 1936 los virajes que cambiaron el hilo de la historia de España se sucedieron rápidamente. El primero y más significativo fue, sin duda, el que los sublevados dieron hacia el Tercer Reich. Nada similar había ocurrido anteriormente. La influencia germana en la España monárquica y de la preguerra, sobre todo en el ámbito cultural y científico, en parte también en el político durante el primer conflicto mundial, no admite comparación alguna con la que se instauró en el curso de la guerra civil y que después de ésta se intensificó durante el segundo conflicto. La economía española quedó satelizada por Berlín. El «nuevo Estado» quiso incorporarse al combate contra las «envilecidas» democracias occidentales a comienzos del verano de 1940. Los alemanes, vencedores de Francia, dieron la llamada por respuesta. Cuando solicitaron la entrada española la aherrojaron con peticiones tan duras que incluso la flexibilidad galaica del general Franco se rebeló. Con todo, la fidelidad nibelunga hacia los antiguos camaradas de lucha duró prácticamente tanto como la segunda guerra mundial. Se manifestó en formas múltiples pero que, desde finales de 1942, nunca llegaron a una nueva tentación.

En el mundo que emergió de la guerra, fuera de las fronteras españolas pronto se desplegó una doble noción basada en dos premisas. La primera, innegable, era que Franco se había encaramado al poder de la mano de sus protectores, los dictadores fascistas. La segunda, que les había hecho demasiados favores, en particular a Hitler, durante el segundo conflicto mundial. El resultado fue un cierto aislamiento de España. El dictador hizo lo único

1. Nos hemos dado cuenta de que podemos apañarnos sin necesidad de pensar. La verdad es que pensar no sirve de mucho a menos que se conozcan los hechos y nunca conoceremos los hechos políticos hasta veinte años después. A veces ciento cincuenta.

que podía fortalecer a su régimen: acercarse, lo más raudamente posible en tiempos de guerra fría, hacia un nuevo protector, los Estados Unidos. El resto es la historia de una dictadura sin enemigos exteriores.

UN GOLPE CANTADO

Al filo del verano de 1936, algunos sectores del aparato de Estado tenían noticias más o menos fidedignas sobre la posibilidad de un conato de sublevación por parte de unidades militares contra la República. No andaban desencaminados. Las conspiraciones habían dado comienzo en fecha temprana. La primera intentona, «la Sanjurjada», en agosto de 1932, se había saldado con un estrepitoso fracaso. La actividad conspiratoria había continuado después bajo cuerda, con el apoyo de la Italia fascista, país que seguía la evolución española desde un enfoque agresivo e intervencionista. La derecha antirrepublicana enfatizó siempre un peligro «rojo» inminente. Una parte de ella lanzó sus redes no sólo hacia el régimen mussoliniano sino también hacia los representantes del Imperio británico ya fuese en Madrid o en Londres. Había que evitar cualquier eventual apoyo a la detestada República.

Inmediatamente tras las elecciones de febrero de 1936, que dieron el triunfo a la coalición electoral bajo las siglas del Frente Popular, la dinámica del movimiento conspirador se acentuó a manera de reflejo pavloviano. El general Emilio Mola asumió la dirección operativa. Era consciente de que sólo un movimiento militar amplio, cuidadosamente planeado, podría permitir dar el asalto al poder. Entre marzo y junio se dedicó a ello con afán, acentuando progresivamente el papel de las tropas marroquíes y el amedrentamiento que cabía esperar de una puesta en práctica sistemática de las exacciones típicas y brutales de la guerra colonial.

La efervescencia ideológica, las movilizaciones de los partidos de izquierda, la verborrea revolucionaria (en particular la radicalización de una parte del PSOE ligada a Francisco Largo Caballero y a Luis Araquistáin), y sobre todo la reanudación de las reformas socioeconómicas paralizadas durante el bienio radical-cedista, que ponían en peligro los intereses económicos de las derechas, suministraron el clima adecuado en el que era posible exacerbar la confrontación verbal y las alteraciones del orden público.

En 1936 acompañó a los militares una trama civil muy enfervorecida. En su cúpula se entremezclaban monárquicos, cedistas, carlistas, falangistas y conservadores católicos de variado pelaje. Su apoyo fue determinante en varias dimensiones: en la acentuación de la intoxicación de que hicieron objeto a los británicos, envueltos a su vez en interpretaciones ideologizadas sobre un presunto peligro comunista en España; en la reactivación de los contactos operativos con la Italia fascista, siempre desfigurados en la literatura conser-

vadora o, simplemente, neofranquista; en la creación de un clima de inestabilidad política y de inseguridad; en la preparación económica de la postsublevación y, no en último término, en la financiación de los pistoleros que trabajaban en favor de la desestabilización.

Esta valoración es rebatida en el surco de una tradición que se desarrolló en el bando sublevado desde el comienzo mismo del conflicto y que dura hasta nuestros días, a veces con acentos netamente profranquistas. En dicha tradición, no fueron los conspiradores los responsables del golpe sangriento de 1936. Lo fueron los partidos coaligados en el Frente Popular que se lanzaron a una oleada de cambios. Se pasa por la tangente que éstos continuaban el órdago al orden tradicional prerrepblicano y que en parte eran consecuencia de la retracción o contracción que la derecha en el poder había propinado a las instituidas durante el primer bienio.

Sorprendente fue la relativa inactividad operativa por el lado gubernamental, tras una marejada de nuevos nombramientos y de mutaciones en el aparato militar. A medida que se acercaba el verano el ritmo se redujo, precisamente cuando el comisario general de Orden Público de la Generalitat, Federico Escofet, había puesto en conocimiento de sus superiores jerárquicos y del nuevo presidente de la República, Manuel Azaña, algunos perfiles de la actividad conspiratoria. También lo hizo más tarde con el sucesor en la presidencia del gobierno, Santiago Casares Quiroga, quien adoptó un tono un tanto pasivo. Uno de sus ayudantes, Ignacio Hidalgo de Cisneros, le informó igualmente. Por parte socialista, Francisco Largo Caballero advirtió en repetidas ocasiones de que algo se tramaba. El jefe de los servicios de Orden Público de la Generalitat, comandante Vicente Guarner, logró hacerse con pruebas documentales sobre lo que estaba en preparación. Al propio Mola le llegaron informaciones de que algunas de sus instrucciones habían salido fuera del círculo de conspiradores, «lo que es prueba evidente de que falta discreción o existen traidores». Esto lo escribió el 1 de julio.

También por otras vías se alertó al gobierno. Una semana después de este apunte el líder de los socialistas centristas, Indalecio Prieto, lo anunció solemnemente. Casares le ridiculizó, acusándole de propalar «cuentos de miedo». Su reacción no fue demasiado diferente de la del mismo Azaña ante las preocupaciones que le expusieron republicanos canarios. La actividad de Franco en las islas no despertó la menor preocupación. Al gobernador civil de Tenerife se le prohibió que molestase con cotilleos sobre Franco a sus superiores en Madrid.

Las autoridades, que algo se movieron, no adoptaron en realidad ninguna medida preventiva adecuada en el plano operativo, salvo en Barcelona. Tal vez Azaña y Casares Quiroga preferían esperar a que estallara el golpe para «crujir» la oposición antirrepblicana. Ciertamente temían una eventual algarada anarquista para aplastar la cual la unidad de las fuerzas arma-

das les parecía esencial. La discusión al respecto dista mucho de haber concluido. Aun así, hay numerosos autores, entre quienes me cuento, que son extraordinariamente duros con el entonces presidente del gobierno. Si hubo estrategia, las hay que matan y ésta fue una de ellas. De haber intervenido a tiempo, quizá se hubiera descabezado la intentona, al menos en aquel mes de julio. En la historia contemporánea española se registran intentos de golpes que fracasaron. En 1936 no fue así.

La acción de los futuros sublevados se diseñó como un corte quirúrgico que, con violencia extrema, aniquilara la capacidad de respuesta de los muchos sectores sociales que no comulgaban con la insurrección y con sus objetivos, por difusos que éstos fueran en un principio. Éste era el precio que Mola estuvo dispuesto a pagar con el fin de ampliar la unidad de acción. La doble característica prevista de brutalidad y aterramiento de una parte de la élite y de las masas republicanas diferencia la sublevación de los pronunciamientos de corte decimonónico, cuyo estertor último había sido la «Sanjurjada».

Mola comprendió que en la época de efervescencia política e ideológica de la clase obrera sólo podía tener éxito un tajo duro y feroz que crease una nueva realidad sin posible marcha atrás. A lo que aspiraba era, en términos operativos, a paralizar lo más ampliamente posible la reacción. Los militares proclives a la rebeldía contemplaban el universo republicano y de izquierda como uno de maldad casi absoluta, dominado por el fermento revolucionario ya fuese anarquista, socialista o comunista, entre los cuales NO diferenciaban. Todos constituían la «anti-España», frente a la cual se alzarían los salvadores de las esencias míticas de la Patria y de su orden económico y social (amén de los sólidos intereses corporativos y de clase que lo sustentaban).

Franco se sublevó, a hurtadillas, el 16 de julio de 1936 cuando el comandante de la guarnición de Las Palmas, general Amado Balmes, fue asesinado por orden suya.² Al día siguiente, empezó la sublevación en Marruecos. El servicio de información militar no la había captado. Sí había seguido la pista a los manejos de cabos comunistas.

El éxito previsto por Mola quedó sin materializarse. El hundimiento en Barcelona, Madrid y Valencia y la no basculación de la mayor parte del País Vasco, Santander, Asturias, Cataluña, Levante, Murcia, Castilla la Nueva, Extremadura y una gran parte de Andalucía pronto dejaron ver una realidad

2. Franco se trasladó a Marruecos en un avión británico particular. Nada de la trama que hubo detrás la intuye Zara Steiner, *The Triumph of the Dark*, Oxford University Press, Oxford, 2011, pero en realidad tampoco lo hace un autor que se basa en exageradas sospechas como Peter Day, *Franco's Friends*, Biteback Publishing, Londres, 2011. No es cierto que la sublevación sorprendiera en Londres, como afirma la distinguida historiadora anglo-norteamericana, ni tampoco que no se le prestara atención en los meses del verano. Nos abstendremos de señalar los numerosos errores sobre la guerra y su contexto internacional en que dicha autora incurre.

inesperada para muchos. Aunque no para todos. Existen indicios tenues de que alguno de los conspiradores en la cúpula era consciente de que podría llegarse a una guerra civil. No cabe, sin embargo, argüir que alguien pensara en que fuera a durar tres años. En todo caso, para algunos la reversión de las temidas reformas frentepopulistas lo justificaba. El resultado mostró que los mejores planteamientos estratégicos y tácticos —y los de Mola no eran una maravilla— podían chocar con la dura realidad.

CUATRO DINÁMICAS PARA UNA GUERRA

Sentadas la incapacidad, la incompetencia o la imprevisión del gobierno por atajar la dinámica conspiratoria, la sublevación dio paso a una auténtica guerra civil merced a la combinación escalonada de cuatro dinámicas. En la guerra misma, y con el paso del tiempo, ambos contendientes movilizaron fuerzas poderosas y tuvieron detrás de sí retaguardias completamente volcadas al esfuerzo bélico. La situación que se creó no sólo fue inédita en la historia contemporánea de España. Constituyó un corte radical con la evolución anterior y dio paso a un nuevo régimen dictatorial, de base militar, fascista y clerical, que se apartó de toda experiencia previa. Guerra civil y franquismo forman, pues, en gran medida un período histórico perfectamente individualizado. La habitual forma de presentar la guerra civil como consecuencia de la evolución republicana no me parece correcta.

Entre las cuatro dinámicas mencionadas quizá en primer lugar habría que destacar *la escisión de las fuerzas armadas y de seguridad*. No eran un bloque homogéneo. Había militares de todas clases. También republicanos, socialistas, comunistas (pocos) y profesionales pundonorosos. La división de los cuerpos de jefes y oficiales era predecible. Los mandos supremos se comportaron en general con fidelidad, pero el gobierno había descuidado a los de más abajo, auténtico semillero de la revuelta: los comandantes, capitanes y tenientes.

La traducción a la práctica de la escisión se produjo un tanto aleatoriamente. Allí donde triunfó el golpe, los mandos no sediciosos toparon con destinos con frecuencia trágicos. Los sublevados fusilaron a muchos de sus compañeros que no se les unieron. En otros lugares, los mandos establecidos pudieron organizar o contribuir a organizar la resistencia. La suerte y la audacia propulsaron a los rebeldes en numerosas ocasiones. En otras, sin embargo, no hicieron gala de resolución o perdieron la iniciativa. En Barcelona, en Madrid y en Valencia, puntos claves, estaban insuficientemente motivados y mal dirigidos.

Las improvisaciones últimas agostaron posibilidades en varios puntos importantes. Las vacilaciones estratégicas y la mala ejecución táctica contri-

buyeron a arrebatarles la victoria. Particularmente en el caso de la Ciudad Condal, el no seguimiento de las consignas conspiratorias por la Guardia Civil tuvo un efecto muy negativo, a pesar de que al frente de los sublevados habría de ponerse uno de los purasangres más ligados desde hora temprana a los preparativos de la insurrección: el general Manuel Goded.

La segunda dinámica no fue menos importante. Estuvo ligada a *la retracción de las potencias democráticas para autorizar el libre suministro de armas al gobierno español*. Para éste, se trató de un fenómeno imprevisible. Para los sublevados, no tanto. La idea clave de aquella retracción estribó en contener las salpicaduras del conflicto dentro de las propias fronteras españolas. Era una tentación comprensible en el caso francés pero la retracción se la habían trabajado insistentemente los conspiradores de cara al británico. En París no tardó en idearse un instrumento político-declarativo, un sumatorio de decisiones gubernamentales individuales, para no intervenir. Tenía una débil, por no decir debilísima, base en el derecho internacional de la época y se puso en marcha al margen de la Sociedad de Naciones (SdN).

Su aplicación se vio coronada con el éxito, en cuanto que evitó un eventual contagio, siempre exagerado, de la guerra española. No sirvió para lo más importante: para cortocircuitar la dinámica que apuntaba al siguiente conflicto, europeo primero y general después. Condenó a la impotencia a un gobierno reconocido internacionalmente y sentó un precedente peligroso. La República española, dejada desde el principio mismo de la sublevación en la soledad casi absoluta, fue el precursor de otros países a los que las democracias llevaron al altar del sacrificio como ofrendas propiciatorias para apaciguar el imperialismo fascista.

Simultáneamente intervino con efectos devastadores para el gobierno español la tercera dinámica: el apoyo, decidido y ultrarrápido, de los Estados fascistas no a los sublevados en su conjunto sino a uno de ellos, el general Francisco Franco. Los italianos habían estado mezclados desde por lo menos 1932 en los intentos conspiratorios contra la República. Ya en marzo de 1934 se plasmó su predisposición a ayudar a los monárquicos y carlistas con armas y municiones. En 1935 se añadieron a los receptores de las dádivas mussolinianas los fascistas españoles (Falange). Hitler, por el contrario, no se había preocupado de la evolución española.

Los dictadores fascistas actuaron por razones distintas. Coincidieron en una apreciación geopolítica común: con un poco de suerte podrían provocar un cambio en España. Éste permitiría establecer a las espaldas de Francia un régimen que le fuera poco proclive y que podría debilitar la retaguardia francesa y las comunicaciones entre las dos orillas del Mediterráneo. En el caso de Mussolini se trataba, adicionalmente, de conseguir la hegemonía en el espacio geoestratégico italiano. Los protectores de Franco, lubricando sus deci-

siones con una oportunista declaración de principios anticomunistas, cual fue la defensa de la Europa cristiana frente a las hordas asiáticas, decidieron contribuir a la eliminación del molesto gobierno de Madrid.

Ahora bien, la intervención de los dictadores, y Hitler se adelantó incluso a Mussolini, reconfiguró súbitamente el haz de influencias que desde el exterior incidió sobre los acontecimientos españoles. Incluso moldeó el comportamiento de las potencias democráticas induciéndolas hacia una retracción acelerada. Probablemente pesó más la acometida alemana que la italiana. A finales del verano de 1936 Hitler y Mussolini estuvieron a punto de cantar victoria: la República parecía perdida. Se hubiese hundido antes si el gobierno Giral, en una decisión sumamente criticada pero, en mi opinión, inevitable, no hubiese armado a las masas populares contra la insurrección. De lo contrario, el triunfo rebelde hubiera quedado asegurado casi desde el primer momento.

Fue a los dos meses de la sublevación ya encaminada hacia el triunfo cuando entró en funcionamiento la cuarta dinámica: *la decisión soviética de ayudar con hombres y, sobre todo, armas a la República*. No fue rápida pero tuvo efectos muy significativos. Sin esas armas, y en ausencia de fuentes regulares de abastecimiento alternativas, el naciente Ejército Popular no hubiera podido resistir durante mucho tiempo los embates del adversario. Aun así, Madrid estuvo a punto de caer en manos de los sublevados, que habían logrado avances territoriales inmensos gracias en parte a la ayuda material de las potencias del Eje.

A pesar de los suministros soviéticos, la maquinaria de guerra republicana casi nunca se vio dotada de los medios que necesitaba para compensar el apoyo que Franco continuaría recibiendo sin solución de continuidad y que incluso se intensificaría. Naturalmente la historiografía profranquista ha hecho siempre, y sigue haciendo incluso en la actualidad, todo lo posible e imposible para debilitar tal hecho. No abundan, sin embargo, los autores de dicha cuerda que se hayan desplazado a los archivos en los que se remansa la evidencia primaria relevante de época y la entrecrucen.

Por otro lado, la República siempre careció de la unidad necesaria para poder movilizar suficientes reservas. Nunca dispuso de los recursos humanos más o menos entrenados que desde el principio echó al combate el enemigo. Todo ello tuvo dos consecuencias que jamás lograron erradicarse: una moral que, fuera de los sectores militantes y temerosos de la reversión de los cambios económicos, políticos, sociales y culturales, no se vigorizó con el transcurso del tiempo y la permanente tendencia a una discordia interna muy debilitante.

Los sublevados disfrutaron desde el principio de los efectos de un, para ellos, círculo virtuoso caracterizado por la interacción de tres factores esenciales. El primero fue la abundancia de soldados mercenarios o profe-

sionales —españoles y extranjeros, incluidos los marroquíes— con capacidad para absorber los nuevos suministros de armas que llegaban a la Península. Cuando necesitaron expandir o modernizar tal capacidad, instructores alemanes e italianos les pusieron en condiciones de manejarlos en tiempo récord. El segundo factor estribó en la consecución de la casi inmediata unidad de mando bajo la espada militar a la vez que los avances territoriales subsiguientes levantaron la moral y la mantuvieron en cotas bastante altas. El tercero consistió en la convergencia de dos tendencias contrapuestas: la estrategia seguida por Franco a favor de una guerra larga y la tenaz resistencia republicana, incluso en escenarios que parecían imposibles.

En el caso del factor material más fácilmente cuantificable como fueron los suministros de equipamiento y elementos bélicos, tema al que esta obra presta una atención especial, los republicanos estuvieron en desventaja desde los primeros momentos. Su capacidad de absorción tropezó con límites estrictos. No se trataba de tener armas sino también de saber utilizarlas en condiciones que poco a poco fueron haciéndose complejas.

Para aquellos materiales decisivos en un combate que fue tecnificándose a ritmo acelerado, tales como los carros de asalto y la aviación, resultó necesario establecer sistemas organizativos y logísticos que permitieran extraer de ellos todo el rendimiento posible. La República no pudo hacerlo hasta contar con las Brigadas Internacionales o con asesores soviéticos, muchos de cuyos consejos o apreciaciones chocaron con la pluralidad y polarización dominantes en los ámbitos político y militar. La subordinación de la diversidad a las exigencias de la conducción militar nunca se llevó a cabo con la misma firmeza que entre los sublevados.

TRES TENSIONES CENTRALES EN LA ESCENA INTERNACIONAL

El colapso del aparato de Estado en el territorio controlado por el gobierno tuvo consecuencias que terminaron creando un nuevo círculo vicioso. Fortaleció la creencia en países tales como Gran Bretaña y Estados Unidos de que en España se ensayaba poco menos que un nuevo experimento para-soviético. No se trata de una exageración de historiador que juzga a la salva distancia de setenta años. Ya en la fecha tan temprana del 30 de julio, el embajador británico sir Henry Chilton, que llevaba meses siendo intoxicado por los conspiradores, se sintió autorizado para informar a Londres de que en aquellas regiones en las que no había triunfado la rebelión «el control [...] está en manos de los comunistas» y que se estaban reproduciendo «muy fielmente» las condiciones de la «revolución [rusa] de 1917». El Reino Unido, bajo un gobierno hiperconservador y sensible a los intereses de clase, se con-

virtió en la potencia que más daño hizo a la República, como ya podía anticiparse desde antes de la sublevación.³

Hay que tener en cuenta que ésta se proyectó sobre una escena internacional cuarteada por tensiones múltiples. Tres eran centrales. En primer lugar, la derivada de la pugna con las potencias descontentas de los arreglos que cerraron el primer conflicto mundial. Se trataba, básicamente, de Alemania e Italia. A ella se añadió la reacción más o menos comprensiva del Reino Unido —seguido por una Francia debilitada y cuya política exterior y de seguridad iba a la rastra de Londres— ante los desgarrones que aquéllas iban propinando al orden internacional de los años de entreguerras.

La segunda tensión procedía del hecho de que, para muchos, el fascismo no era el enemigo irreconciliable de un sistema de democracia liberal y capitalista, que se esforzaba sin demasiado éxito por salir de las profundidades de la depresión económica y trampeaba en condiciones de gran conflictividad social. El enemigo auténtico lo constituía la Unión Soviética, que proponía un sistema alternativo, que se encontraba en fase de crecimiento acelerado, que exhibía una proyección ideológica cuasiuniversal y que proclamaba orgullosamente que el futuro le pertenecía porque la HISTORIA, con mayúsculas, estaba de su lado. Contaba, además, con las cuñas que le deparaban los partidos comunistas occidentales, más obedientes a Moscú que a las autoridades nacionales, despreciadas o despreciables en el altar del internacionalismo proletario.

La tercera tensión estaba ligada a la propia Unión Soviética. Este inmenso país se hallaba inmerso en un esfuerzo titánico para determinar el curso de su evolución futura (salpicada de purgas que habían empezado a diezmar la vieja guardia bolchevique y que en los años de la guerra civil española adquirieron un paroxismo sangriento), tanto en el plano interno como en el exterior. No era una época para exportar el sistema comunista hacia otras latitudes, contrariamente a la machacona insistencia del movimiento trotskista. Era una época para protegerse de los nubarrones que se vislumbraban tanto al Oeste como al Este. El conflicto español estalló, precisamente, en un período en el que el temor a una posible guerra europea permeabilizaba la política interior y exterior de la Unión Soviética. En tal coyuntura, no era irrazonable pensar que el consentir bazas a los agresores podría constituir una mala inversión.⁴

En este contexto, una amplia gama de dimensiones estratégicas, políticas e ideológicas europeas se vieron afectadas en mayor o menor medida por las

3. Es una constante en gran parte de la literatura extranjera minusvalorar la responsabilidad anglo-francesa y los apoyos a la conspiración italiana. La muerte violenta de Calvo Sotelo suele aparecer como el detonante del estallido.

4. La distorsión de la lógica de la política soviética frente al conflicto español es una de las orientaciones esenciales de la lamentable obra de Jonathan Miles, *The Dangerous Otto Katz*, Bloomsbury, Nueva York, 2010, cuyos múltiples errores no subrayaremos.

posibles consecuencias del golpe militar semifracasado y semiexitoso. Lo que terminó ocurriendo en España no es comprensible, en su destilación en una guerra civil ampliamente inesperada, sin una interacción constante con la pugna política, ideológica y de poder que se dibujaba fuera de las fronteras españolas.

No comparto la tesis, tan cara al integrista neofranquista de nuestros días, como en su momento lo fue a las fantasías históricas de los vencedores, de que la guerra civil fuese el resultado inevitable e inesquivable de la evolución política y social española. Es decir, un proceso puramente endógeno e impulsado por factores esencialmente internos. Para defender tal interpretación, y subsisten numerosos autores que lo hacen, es preciso olvidar una masa de evidencia primaria relevante de época que apunta, exactamente, a lo contrario.

ACCIONES DE EMERGENCIA

Desestructuradas las fuerzas armadas, sublevados y gubernamentales debían recrearlas. Para los primeros no fue difícil. Mantuvieron las estructuras orgánicas y de mando, depurando a quienes no se les unieran. Armaron, bajo la disciplina y órdenes militares, a civiles conservadores o fascistizados y/o los incorporaron a filas. No fue preciso hacer grandes retoques numéricos en los escalafones. Bastó con sustituir a los oficiales y jefes que permanecieron fieles al gobierno por los que se sublevaron y, poco a poco, ascender a los más leales a puestos de mandos superiores.

Para los gubernamentales el problema fue mayúsculo. Implicó integrar a una amplia gama de milicias o de elementos civiles armados que proliferaron súbitamente como setas tras las lluvias de otoño. A la par, y por mor del descoyuntamiento militar, surgió una grave carencia de capacidad para aprovechar los recursos materiales disponibles. No eran tan escasos como suele afirmarse. Pero tampoco eran demasiado modernos y, para colmo, muchos de ellos pronto cayeron en manos de los sublevados. Quizá la cuestión más angustiosa estribó en qué hacer cuando la evidencia del combate puso de manifiesto que inmediatamente del lado de los rebeldes operaban soldados, aviadores y material extranjeros.

El mismo 19 de julio los regimientos sublevados fueron disueltos. El gobierno licenció a las tropas y ordenó armar a las milicias políticas y sindicales, hacia las cuales había empezado a afluir ya algún material. Para algunos ello equivalió a dejar la República en manos de las fuerzas izquierdistas y revolucionarias. Pero ¿cuáles eran las alternativas operacionales?

La distribución de armamento puso sobre la mesa tres nuevas posibilidades. Teóricamente, la de lanzarse a la defensa de la República. Pero también, no hay que olvidarlo, la de ajustar cuentas a los enemigos de clase. Por últi-

mo, la de impulsar, por la fuerza, la revolución tanto tiempo ensoñada por los sectores más militantes e ideologizados del movimiento obrero. Al rememorar aquellos días, seis años más tarde, uno de los protagonistas de esta obra, el que fue ministro de Hacienda y más tarde presidente del gobierno y responsable último de la política de defensa, el catedrático y político canario Juan Negrín, apuntaría:

Discútase en su día cuanto sea acerca de errores y aciertos del Gobierno en el poder cuando estalló la revolución, y haya al enjuiciar las naturales divergencias humanas.⁵ En lo que no habrá duda es sobre que sin la audaz decisión de entregar las armas a las masas, la República no hubiera sobrevivido al primer día del levantamiento, y que gracias a ella se echaron por tierra los cálculos del enemigo que contaba, para su éxito, con hallar una nación inerme.

Aquellas masas (ya fuesen meramente republicanas, nacionalistas, socialistas, anarquistas o comunistas) se sintieron traicionadas por los militares sublevados, a los que rápidamente se motejó de «fascistas» (en realidad no eran muchos todavía los imbuidos de tan novedosa ideología), e incluso por un gobierno que no había sabido estar a la altura de las circunstancias. Con independencia de la filiación desde la cual se le contemplara, en el golpe todas ellas divisaron acertadamente un intento desesperado por eliminar las reformas económicas y sociales que el Frente Popular había empezado a dinamizar. En ciertos sectores, embriagados por la propia retórica, se percibió además la anhelada posibilidad de liquidar de una vez por todas las inhibiciones que habían impedido la ansiada reestructuración social. Este aspecto desempeñó un papel nada desdeñable en las filas anarquistas.

Los meses de agosto y septiembre de 1936 guardan un extraño paralelismo, que ya advirtieron algunos observadores extranjeros, con los meses críticos del comienzo de lo que se denominó el Terror en la Revolución francesa. Muchos milicianos de variado pelaje que ansiaban el descoyuntamiento del orden social existente, y con él la consecución de su utopía, se encontraron de pronto con operaciones militares que no eran un dechado de modernidad bélica pero para las cuales no estaban en modo alguno preparados, ni técnica ni psicológicamente.

A la limpieza de la retaguardia se unió el retroceso en los desdibujados frentes de batalla. Quienes tanto preconizaban la revolución no sabían desplegarse, evitar movimientos envolventes o pasar al contraataque. Los retro-

5. En la versión publicada la primera frase reza así: «En su día habrán de discutirse los errores y aciertos del Gobierno en el poder al estallar la rebelión y, sin duda, subsistirán las naturales divergencias de juicios». El discurso está reproducido en su totalidad en Juan Negrín, *Textos y discursos políticos*, edición de Enrique Moradiellos, CEPC, Madrid, 2010, pp. 436-488. La cita en la p. 461. En lo sucesivo se citará como Negrín/Moradiellos.

cesos fueron constantes. ¿Cómo hacer soldados en un plazo de semanas de los obreros y campesinos que hasta poco antes habían vacado a sus ocupaciones habituales? Faltaban las estructuras de apoyo y de mando.

En el plano exterior el gobierno no tuvo, literalmente, otra opción que la de dirigirse a Francia. La inicial petición, conviene precisarlo, no implicó una demanda de intervención. Se trató de algo más elemental. Simplemente el que un país amigo permitiera el aprovisionamiento en armas y material, ya fuese procedente de sus arsenales, ya de sus industrias privadas. En un escenario de historia-ficción es verosímil que los meros suministros materiales no hubiesen compensado fácilmente las desventajas cualitativas en el plano personal. El escenario que se produjo fue, sin embargo, el más destructivo que jamás hubieran podido pensar los gobernantes republicanos.

Para la República, Francia era uno de sus más firmes valedores, tanto ideológica como políticamente. La desigualdad tradicional en las relaciones bilaterales no quitaba un adarme a la importancia que en Madrid se atribuía al país vecino. Los contactos se habían estrechado tras el triunfo de los respectivos Frentes Populares. La política exterior del francés, que asumió la responsabilidad gubernamental a principios de junio, la habían expuesto el presidente del Consejo, el socialista Léon Blum, e Yvon Delbos, al frente del Quai d'Orsay, en el Senado y en la Cámara de Diputados, respectivamente, unas semanas antes del golpe, el 23 de junio. Había habido una referencia explícita a las relaciones con España, algo que resultaba bastante inhabitual.

Además, con independencia de la conexión política e ideológica, un cruce de cartas confidenciales realizado con ocasión de la firma de un acuerdo de comercio en diciembre de 1935 preveía el suministro de material bélico francés a España. Este compromiso no había llegado a tramitarse en las Cortes y, por consiguiente, desde el punto de vista español tenía un valor jurídico endeble. Se había alcanzado en el marco de una política de renovación del equipamiento material que, sin duda con vistas a parar una eventual algarada revolucionaria desde la izquierda, habían impulsado los gobiernos centro-derechistas.

En la negociación de la carta los franceses habían indicado que no se trataba de una cláusula de orden comercial sino de carácter político-militar. Su idea era que el gobierno español no habría de limitarse a «la compra pura y simple de material sino a la adquisición de patentes de aviación y de artillería para establecer fábricas en España que, en caso de guerra, pudieran abastecer al ejército francés, por encontrarse toda la industria militar que le servía de apoyo en las regiones del norte, este y sureste, o sea bajo la inmediata amenaza de los grandes centros aero-militares alemanes e italianos».

Como es notorio, la inicial disposición de Blum fue atender la petición, que su jefe de gabinete André Blumel recibió en un telegrama escrito en claro en la noche del 18 de julio. Era muy modesta. El 21, Blum reunió a varios ministros y les dio a conocer sus propósitos. Asistieron Édouard Daladier,

vicepresidente y ministro de Defensa, Yvon Delbos y Pierre Cot, ministro del Aire. Se mostraron favorables, en particular el último. Blum prosiguió rápidamente sus encuentros bilaterales y poco a poco fue adquiriendo contornos un plan de acción.

Sin embargo, sus propósitos no pudieron materializarse. El embajador español, ya en vísperas de traslado, Juan Francisco de Cárdenas, su ministro consejero y efímero sucesor como encargado de negocios, Cristóbal del Castillo, y el agregado militar, teniente coronel Antonio Barroso, interpusieron obstáculos, filtraron las peticiones y contribuyeron a generar un escándalo mediático. Es lo que necesitaban los adversarios del Frente Popular, que aprovecharon la oportunidad para atacar con furia creciente al gobierno Blum. La situación se complicó en un tiempo récord. Periódicos de derechas y de extrema derecha como *Le Jour*, *Le Figaro*, *L'Echo de Paris* y *L'Action Française* hicieron, literalmente, su agosto.

Las disensiones pronto se abrieron camino en el seno de la coalición gobernante. Personalidades de primera línea como Albert Lebrun, presidente de la República, Édouard Herriot, presidente de la Cámara, Jules Jeanneney, del Senado, y Camille Chautemps, ministro de Estado, añadieron leña al fuego. Este último se cuidó en subrayar que nadie entendería en Francia que el gobierno pudiera arriesgarse a incurrir en complicaciones exteriores cuando no lo había hecho, meses antes, con motivo de la remilitarización de Renania.

El argumento era exagerado. En París, y antes de que el Frente Popular llegase al gobierno, se habían sopesado los riesgos del caso renano. Se creyó que no cabía aceptarlos sin contar con el aval y el apoyo británicos. No en vano se trataba de hacer frente a Alemania. El 21 de julio, y en España, la situación no era la misma y ni siquiera parecida.

Encarar a solas la posibilidad del menor riesgo externo, sin el crucial soporte de Londres, era algo que sin embargo ponía los pelos de punta a muchos políticos y diplomáticos franceses. No es, pues, de extrañar que la actitud de Blum se explique por su deseo de no erosionar la solidaridad con los británicos, que ya le habían dado a conocer algo más que una reticencia gélida.

En Francia no hubo, pues, seguimiento oficial a las peticiones españolas aunque tampoco se impidió en un primer momento que la industria comerciase con el gobierno republicano. La postura del Quai d'Orsay fue que los suministros que eventualmente pudiera hacer el Estado francés supondrían una intervención en los asuntos internos de otro. Se trataba de una opinión harto discutible si bien el Quai añadió premonitoriamente que si la Alemania nazi o la Italia fascista reconocían a los sublevados, la gravedad de la situación resultaría evidente. La retracción francesa, inesperada e inexplicable para Madrid, constituyó un primer clavo en el ataúd que las democracias occidentales iban a construir para enterrar a la República y sus avances económicos, políticos y sociales.

BERLÍN Y ROMA A FAVOR DE FRANCO

Todavía debía transcurrir un cierto tiempo antes de que la retracción inicial francesa rodeara con un dogal la soledad republicana. Lo que importa destacar aquí es que, en el mismo momento en que Francia empezaba a adentrarse por tal camino, el 25 de julio de 1936, fecha crítica en la historia del conflicto español, Hitler se dispuso a hollar precisamente el opuesto. El dictador alemán pensó mucho más estratégicamente y actuó con mucha mayor rapidez que su propio dispositivo diplomático y militar, también muy cauteloso. Su decisión, que he estudiado casi al minuto en otra ocasión, dejó en mantillas los titubeos franceses.

El 31 de julio partió para España por barco la primera expedición de ayuda nazi. La componían 86 soldados profesionales cuidadosamente seleccionados y más de cien toneladas de material de guerra. Les acompañaban seis aviones de caza Heinkel 51 y veinte baterías antiaéreas. El 6 de agosto llegaron a Cádiz, después de que un navío republicano avistara el barco que los transportaba. Por lo demás, hacía ya quince días casi que el avión de *Luft-hansa* en el que los mensajeros de Franco a Hitler habían hecho el viaje de regreso de Berlín se dedicaba a transportar tropas coloniales desde Marruecos a la Península. Para no aburrirse, también de vez en cuando había empezado a participar en alguna que otra acción bélica, aunque fueran españoles quienes lo pilotaran. De todas maneras, no se crea que el cuidado en no intervenir activamente durase mucho. La primera acción de guerra estrictamente alemana tuvo lugar poco antes del 15 de agosto de 1936. Si esto no era ir de prisa...

Los italianos supieron también, en puridad antes que nadie, que el golpe estaba a punto de estallar. El 16 de julio uno de los militares implicados en la sublevación la anunció al cónsul general en Tánger, Pier Filippo De Rossi del Lion Nero, quien rápidamente transmitió la información a Roma. Los servicios de inteligencia británicos descifraron el mensaje. En él ya aparecía Franco como jefe del pronunciamiento que, se afirmó, iba a iniciar la Legión en Tetuán. El 20 de julio, Franco preguntó a los italianos si su gobierno estaría dispuesto a suministrar aviones para el transporte de tropas. No está documentado que Franco conociese los contactos previos de un sector de los conspiradores con el régimen mussoliniano pero nos parece extraño que los ignorase. Tenían una larga historia y en la conspiración habían participado activamente militares que estaban al corriente de los mismos.

La consecuencia es idéntica. El movimiento militar parecía muy patriótico (durante el franquismo siempre se le caracterizó de glorioso alzamiento nacional y este último adjetivo fue constantemente por delante de cualquier otro) pero Franco no tardó en emitir señales de que estaba dispuesto a obtener ayuda del extranjero a cualquier precio. El 23 de julio una fuente segura

informó al agregado militar italiano que el general rebelde se había lamentado de que en Roma no se hubiera aceptado inmediatamente su solicitud. Caracterizó tal carencia de «miopía política». Si conocía el grado de compromiso de Mussolini se explica su sorpresa.

Por eso Franco argumentó que si el movimiento triunfaba gracias a la ayuda italiana, ello permitiría que en la futura política exterior española la influencia de Roma prevaleciera con respecto a la de Berlín. Franco inició así una partida de estímulo y concurrencia entre las dos potencias fascistas de la que probablemente se prometía mucho más de lo que obtuvo. Los resultados fueron a veces interesantes pero con mayor frecuencia negativos. Hitler no era de quienes iban a dejarse arrastrar por Franco o por Mussolini. El general rebelde, en cualquier caso, insistió en que la sublevación se había convertido en una lucha entre las fuerzas del orden y el bolchevismo, apelando claramente al sentimiento anticomunista. Tampoco en ello hay que ver ningún tipo de presciencia. No era otra la argumentación que antes del golpe se había esgrimido con los británicos y la que inmediatamente hicieron valer personajes tan diferentes como el general Gonzalo Queipo de Llano o José María Gil Robles. Hay que negar cualquier «virtud» particular a Franco en la esfera ideológica.

No debió de ser muy difícil para el Duce vencer sus reticencias iniciales, lógicas ante la confusión creada y la importancia del paso que se le solicitaba. Amén de un barco cargado de municiones y de material bélico, la ayuda incluyó inicialmente doce aparatos Savoia-Marchetti 81. Franco se enteró al anochecer del 28 de julio de que Italia había hecho caso de sus peticiones. Tuvo que ser un gran día para él porque escasas horas antes habían regresado sus mensajeros de Berlín e informado de que Hitler ya había dado un paso al frente.

Tampoco es exagerado pensar que Franco respiraría tranquilo. En el corto lapso de diez días se había asegurado la ayuda de las dos potencias fascistas. También había logrado el reconocimiento de su lucha sin cuartel contra los muchos males de la Patria pero, y sobre todo, contra el comunismo, *leitmotiv* de lo que pronto fue caracterizado como «Cruzada».

La intromisión mussoliniana empezó inmediatamente a coordinarse con la de Hitler (una primera reunión del almirante Wilhelm Canaris y del general Mario Roatta, jefes de los servicios de inteligencia militar de ambos países, tuvo ya lugar en Roma el 4 de agosto). Paradójicamente indujo a una mayor retracción en Francia en donde todos quienes preconizaban la abstención pusieron el grito en el cielo. Es decir, que si antes de la decisión de Hitler el síndrome de Renania ya había levantado su cabeza, cuando se confirmó la intromisión nazi se convirtió en un mantra para abogar a favor de una política que comenzaba a verse desautorizada en sus propios fundamentos.